

se le pone la cursiva al título del artículo o de los capítulos. Por citar solo un ejemplo, véase en la página 307 la forma cómo está citado el artículo de Aída Martínez Carreño de la revista *Credencial Historia*, en contraste con la forma como se cita este mismo artículo en la bibliografía final, (pág. 316).

Patricia Londoño Vega

Revisar el Renacimiento para entender el Darién

Tierra Firme. El Darién en el imaginario de los conquistadores

PAOLO VIGNOLO

Y VIRGILIO BECERRA (COMPS.)

Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2011, 301 págs., il.

Viajeros y exploradores

LA FASCINACIÓN que ejercen las aventuras de viajeros y exploradores se ve reflejada en grandes novelas, en películas y en importantes composiciones musicales. Con cierta frecuencia los museos montan exposiciones que dan cuenta de las quijotesas empresas realizadas por hombres que desafiaron el miedo y se enfrentaron a lo desconocido. Desde los portugueses que inventaron la carabela y fueron pioneros de los recorridos marítimos durante gran parte del



siglo XV, pasando por los viajes de Colón a América hasta llegar al siglo XIX, cuando David Livingstone, con buenas intenciones y Henry Morton Stanley, con intenciones menos loables, le mostraron y describieron a la sociedad victoriana el continente africano. Muchas de estas descripciones alimentaron el apetito imperial de Europa, una voracidad que llevaría a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX a lo que se conoció como el "scramble for Africa", la lamentable repartición del continente entre los poderes europeos, uno de cuyos peores escenarios fue el Congo belga. La Antártida, otro continente, menos codiciado y más frío, cuenta también con exploradores de leyenda que lo cruzaron ya en el siglo XX. Muchas de las crónicas de los exploradores han sido la materia prima de grandes novelas. En 1719 *Robinson Crusoe* escrito por Daniel Defoe fue, hasta el siglo XIX, el libro más vendido de la época. Más adelante, en los primeros años del siglo XX, *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad se convirtió en libro fundamental para mirar al África con ojos distintos a los del Imperio británico. Muchos de estos héroes de ficción y las descripciones hechas por ellos han servido para hacer críticas al imperalismo, al colonialismo, al racismo, al etnocentrismo y más recientemente al machismo. Pero no importa desde qué óptica se lean estas obras, la fascinación por las exploraciones ha generado una enorme atracción entre los lectores. Incluso en las exposiciones académicas o en las muestras que los museos hacen de los grandes viajes de exploración, hay en general una preocupación por mostrar ese lado aventurero, el lado valiente de los viajeros, lo que sin duda hace mucho más amable y accesible la mirada al pasado para el gran público. Es notable ver que muchas de las leyendas de estos exploradores pueden convertirse con el tiempo en parte de una cultura popular que se identifica con ellos. La famosa frase, atribuida a Stanley, cuando encuentra a Livingstone después de una odisea de meses en la selva africana, "Dr. Livingstone, I presume?" es parafraseada en novelas y películas. Igualmente, "el horror, el horror" de Kurtz o el título de



la novela de Conrad, le han ayudado en más de una ocasión a periodistas o escritores, a representar o explicar eventos para los que es difícil encontrar palabras. Pero no solo la aventura y la valentía de los exploradores generan atracción entre el gran público: también el lado oscuro de la empresa conquistadora ha permitido la popularización de ciertos eventos del pasado que se contraponen a la épica de la búsqueda de los nuevos territorios. En el caso del cine, basta recordar la magnífica *Aguirre, la ira de Dios* de Werner Herzog, o una quizá más popular y ciertamente más romántica, *La Misión* de Roland Joffé, que fue filmada en parte en Colombia.

Podría pensarse que este encantamiento popular con el tema le dejaría pocas posibilidades a las investigaciones académicas de abrirse camino entre la exuberancia de las leyendas heroicas de los exploradores y los viajes de conquista. Por fortuna este no es el caso y las publicaciones académicas logran presentar temas novedosos y así mismo atractivos para el público. Lejos de ser investigaciones áridas para especialistas, la forma en que académicos de diversas disciplinas se acercan al pasado, permite conocer otros aspectos de los viajes y de los exploradores que se apartan, tanto de las gestas heroicas, como de las leyendas negras de la Conquista. Tratan de mirar la complejidad de este periodo, tomando en cuenta las percepciones de las dos partes, Europa y los otros, para evidenciar la ambigüedad y las contradicciones que genera el encuentro entre dos mundos. El clásico libro de Tzvetan Todorov *La Conquista de América. El problema del otro*, publicado en

1982, no solo muestra la ambigüedad presente entre los conquistadores y los conquistados, sino las consecuencias catastróficas de un encuentro cultural marcado por la dicotomía barbarie-civilización propagada por Europa, con la cual se justifican muchos de los genocidios que acompañan, desde entonces, los procesos de colonización.



Los viajes de exploración y de conquista europea del Nuevo Mundo son un tema de crucial importancia para la antropología y la historia. Esto se explica por el interés en la otredad que las dos disciplinas comparten. Si bien la disciplina histórica mira la otredad en un contexto temporal ligado al pasado, mientras la antropología intenta hacerlo desde el presente, las dos encuentran un punto en común en el momento de analizar la forma en que Europa representó a ese "otro" y a la vez se representó a sí misma durante los procesos de conquista de nuevos territorios que se inició con fuerza a finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI. El periodo de los "grandes descubrimientos" que abarcan desde las exploraciones de África a comienzos del siglo XV, pasando por los viajes de Colón a América y la circunnavegación de la Tierra hecha por Magallanes, alimentaron la imaginación de Europa durante varios siglos. El modo en el que se dio ese encuentro y la manera como fue interpretado por Europa, permitió entender no solo que Europa se hubiese convertido en el centro de la "historia universal", sino también conocer la forma en que los "conquistados" o colonizados

se han visto a sí mismos. Esta mirada crítica a la idea de una historia universal occidental y a la percepción europea de que los otros eran "pueblos sin historia", utilizando el concepto de Eric Wolf, posibilitó el reconocer la existencia de un pasado rico y complejo antes de la llegada de los europeos. Varios trabajos importantes se preocuparon por estudiar la percepción que en Europa se tenía de los lugares y, sobre todo, de la gente que encontraron en los territorios que lentamente se fueron incorporando, a partir del siglo XVIII, a la órbita política y económica de Europa.

En el caso de la antropología, su interés respecto a los viajeros y exploradores se ha centrado en gran medida en las últimas décadas del siglo XIX, periodo de expansión colonial de Europa, con un liderazgo evidente de Inglaterra como potencia de la época. Es precisamente a finales del siglo XIX cuando la antropología comienza a dejar de depender de los informes de misioneros y exploradores, al establecerse como una disciplina que se alimenta de la evidencia recolectada por académicos entrenados que viajan y permanecen un buen tiempo en las regiones en donde se encuentran esos "otros", habitantes de las nuevas colonias europeas. La preocupación de estos primeros antropólogos fue la de entender esas culturas desde su propio punto de vista ("the native's point of view", dijo Malinowski) e intentar mostrarlas o "traducirlas" para los europeos. En el caso del Nuevo Mundo que surgió para Occidente después de los viajes de Colón, serán los relatos de los cronistas, así como la iconografía de la época, la que le permitirá a los estudiosos conocer las percepciones que de este tenían los conquistadores. En general, este tipo de investigaciones están a cargo de historiadores, aunque existen importantes reflexiones históricas hechas por antropólogos, como la de Marshall Sahlins en su libro pionero sobre la muerte del capitán Cook (el cual, hay que mencionarlo, generó uno de los debates más importantes en la antropología durante los años ochenta del siglo pasado gracias a la demoledora crítica hecha por

Gananath Obeyesekere). Esta relación entre las dos disciplinas para el estudio de las percepciones de los colonizadores y de los colonizados ha señalado temas significativos, a la vez que ha contribuido con importantes aportes para la investigación histórica y antropológica.

El Darién

Después de los exitosos viajes de Colón, en 1499 Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa llegaron al golfo de Urabá. En 1509 Ojeda intentó establecer un asentamiento en San Sebastián (hoy cerca de Necoclí en el citado golfo). Sin embargo, luego de varios enfrentamientos con los indígenas, los españoles, liderados por Vasco Núñez de Balboa lo trasladaron al otro lado del golfo, conocido como Darién, en donde fundaron Santa María la Antigua del Darién. Entre los lugares emblemáticos del Nuevo Mundo, el Darién es tal vez uno de los símbolos más importantes de la Conquista, por ser uno de los primeros asentamientos de los españoles en el continente y también por ser el escenario de contradicciones y ambigüedades entre los conquistadores.



El libro compilado por Paolo Vignolo y Virgilio Becerra, profesores de la Universidad Nacional, titulado *Tierra Firme. El Darién en el imaginario de los conquistadores*, pretende precisamente mirar al Darién desde una perspectiva novedosa en la cual se aprovecha su poder simbólico para entender cómo miró Europa ese Nuevo Mundo. La obra está compuesta por ocho artículos y solo tres se

refieren en forma directa al Darién. En general, todos hacen uso de documentos históricos relevantes y muestran, además de un extenso conocimiento, un serio manejo de las fuentes. La primera parte del libro incluye artículos que tienen la intención, según uno de los compiladores, de “brindar al lector unas coordenadas generales de referencia para dar cuenta de lo que podría representar esa Tierra Firme a los ojos de los europeos en las primeras etapas de la conquista”. Esto se logra, de manera excepcional, con tres artículos que proponen una mirada a la cartografía y a la geografía del Renacimiento para entender la representación europea del Nuevo Mundo. El libro se inicia con un provocador ensayo de Frank Lestringant, en el cual plantea la necesidad de mirar críticamente el Renacimiento a través de una “apertura antropológica” que permita contraponer la visión del siglo XVI europeo como periodo de alta civilización, con su presencia desastrosa durante la Conquista de América. Lo siguen dos ensayos que tratan sobre cartografía. El de Paolo Vignolo, un estudio detallado, ilustrador (e ilustrado), plantea cómo, a través del análisis de la cartografía renacentista y de la cosmografía de la época, se pueden mirar los cambios en las representaciones geográficas que influyeron en la percepción europea de los nuevos territorios. En seguida, con el mismo tema, pero haciendo referencia a las representaciones sobre canibalismo, el artículo de Chicangana-Bayona es una lectura muy sugestiva que comienza con el análisis de las imágenes del mapa pionero de Waldseemüller el cual, junto con otras representaciones pictóricas, en especial las de Holbein y Münster, le permite argumentar que escenas comunes dentro de la iconografía europea fueron transferidas para representar al Nuevo Mundo. En este sentido, dice el autor, la situación de Europa es transportada a América. La pregunta que surge de su ensayo es si la iconografía de la época permite conocer al Nuevo Mundo, o si, por el contrario, nos facilita saber la percepción que Europa tenía de sí misma. Por supuesto, no podría ser de otra forma: se representa a partir de lo que se conoce, y en este sentido, los artículos de

Vignolo y de Chicangana-Bayona, nos muestran de manera precisa, qué era lo que conocían los europeos y cómo este conocimiento se tradujo en una representación del Nuevo Mundo. El último artículo de la primera parte del libro, escrito por Paula Ronderos, hace una interesante contribución para comprender la forma en que se “ordenó” el mundo botánico, a través de un detallado análisis de las clasificaciones que de la naturaleza hizo en el siglo XVI el conocido cronista Fernández de Oviedo.



La segunda parte del libro, que trata específicamente sobre el Darién, comienza con un sugestivo ensayo de Carlos Páramo, en el cual contrapone las figuras de Aguirre y de Pedrarias Dávila, quizá los dos personajes más temidos de la empresa conquistadora. De una forma sin duda muy creativa, los mira a través de una melodía popular en los siglos XV y XVI, *El hombre armado*, para sugerir una relación entre el texto y cierta identificación de los personajes con éste. Ello lo lleva a plantear una posibilidad muy sugerente: el paso de estos dos hombres de la “civilización” a la “barbarie”, como una inversión del objetivo conquistador. El siguiente artículo es el resultado de una muy juiciosa y novedosa investigación acerca de las naves que llegaron al Darién. Este capítulo, escrito por Ernesto Montenegro, presenta una información en particular interesante, la cual justifica con un planteamiento igualmente sugestivo y es el del barco como síntesis del conocimiento técnico, pero también de la organización social que hizo posible el desplaza-

miento marino hacia el Nuevo Mundo. Al igual que en el ensayo de Chicangana-Bayona, hace referencia a los mitos medievales que alimentaron la imaginación de los marineros, entre los cuales destaca a la antropofagia indígena como el elemento más poderoso para acomodar la mitología europea con la visión de América.

Los dos últimos artículos del libro se refieren a la vida de los conquistadores en el Darién. La detallada investigación de Carmen Mena García hace referencia al hambre y al sufrimiento experimentado por los españoles, como resultado del desastre ecológico producido por su llegada, al romper el equilibrio natural de la región. Esta visión desde la alimentación le da pie para argumentar que la comida se convirtió en el verdadero tesoro añorado por los conquistadores, a la vez que permitió ampliar la frontera del Darién al impulsar desplazamientos en su búsqueda. El último capítulo del libro plantea un tema similar al de Mena. Escrito por Gregorio Saldarriaga, relaciona la alimentación con la enfermedad, de manera específica con la epidemia de la intrigante “modorra” sufrida por los españoles en el Darién. Su análisis le permite presentar elementos importantes para el estudio de la Conquista en América, en particular aquellos que se refieren a la adaptación cultural. A través de sus planteamientos, estos dos últimos artículos muestran la miseria de los conquistadores a través del hambre, la enfermedad y el sufrimiento.

Este libro es una importante contribución a los estudios sobre el Nuevo Mundo y será de interés tanto para los historiadores como para los antropólogos. Si bien, como sucede en algunos libros editados, la calidad de los diferentes artículos tiende a ser desigual, no queda duda de que la perspectiva de este es original. Dicha originalidad está, no en mostrar cómo miraron los europeos al Nuevo Mundo, sino en contarnos por qué lo miraron de la manera en que lo hicieron.

Claudia Steiner

Profesora Asociada,

Departamento de Antropología,

Universidad de los Andes